

Castro, Luis Adrián

Experiencia, Vitalidad y Conocimiento en John Dewey

IX Jornadas de Investigación en Filosofía

28 al 30 de agosto de 2013

CITA SUGERIDA:

Castro, L. A. (2013) *Experiencia, Vitalidad y Conocimiento en John Dewey [en línea]. IX Jornadas de Investigación en Filosofía, 28 al 30 de agosto de 2013, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:*
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2898/ev.2898.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5



Experiencia, Vitalidad y Conocimiento en John Dewey.

Castro Luis Adrián
Universidad Nacional de La Plata

Abstract

En este trabajo se analizará la noción de experiencia propuesta por John Dewey, así como las consecuencias que este nuevo punto de partida trae para algunas de las nociones fundamentales de la teoría del conocimiento. A tal fin se expondrá la concepción que sostiene el autor respecto del hombre, entendiéndolo como un ser biológico y social, y en constante interacción con su ambiente.

Para hacer manifiesta la singularidad del nuevo concepto de experiencia se presentará comparativamente la concepción empirista de Locke y la nueva perspectiva aportada por Dewey, haciendo hincapié en el rol activo-pasivo del ser humano, así como también en el papel que juegan en la experiencia los sentidos y la memoria.

Palabras Clave

Conocimiento, Experiencia, John Dewey, John Locke, Memoria, Vitalidad.

*“La verdadera naturaleza de la vida
consiste en luchar por continuar siendo”¹*

John Dewey

I

La propuesta pragmatista sobre la experiencia parte de bases absolutamente diferentes de las consideradas en la tradición filosófica, lo que lleva a repensar la forma en que deben entenderse muchos de los aspectos de la vida humana, entre ellos la filosofía, el arte, la educación y el conocimiento.

Para introducirnos en esta nueva manera de comprender el mundo se examinarán las ideas que presenta John Dewey sobre la experiencia. En primer lugar se tendrán en cuenta sus

1 Dewey, J. (1916), p. 19.

reflexiones respecto a los seres vivos en general y al ser humano en particular; considerando al hombre desde su dimensión biológica, pero también como un ser social y cultural. El punto crucial será aquí la constante transacción que el ser humano realiza con su ambiente físico y social, por lo que será necesario comprenderlo en su dimensión creativa: es decir, en tanto que actúa y produce.

Con la pretensión de analizar más específicamente la noción de experiencia se presentará comparativamente la concepción empirista de Locke y la nueva perspectiva aportada por Dewey, haciendo hincapié en el rol activo-pasivo del ser humano, así como también en el papel que juegan en la experiencia los sentidos y la memoria.

Finalmente, se analizarán las consecuencias que trae consigo este cambio para algunas nociones fundamentales de la teoría del conocimiento.

II

En *Democracia y Educación*, Dewey traza una diferencia entre los seres vivos y los seres inanimados que va a ser fundamental a la hora de construir su nuevo concepto de experiencia: mientras que los seres vivos se conservan por renovación, convirtiendo las energías que el medio ejerce sobre ellos en energías para su propia subsistencia, los seres inanimados existen sin intentar adaptarse a las circunstancias. La vida, define Dewey, es “*un proceso de autorenovación mediante la acción sobre el medio ambiente*”².

La continuidad de la vida, en sentido fisiológico, se da entonces por renovación, pero dada la finitud de los individuos, para dar cuenta de como se da dicha continuidad debemos notar que no solamente es imprescindible la renovación de la vida física, sino que también se hace necesario conservar la vida del grupo, lo cual se realiza mediante la educación de los miembros más jóvenes, es decir, la iniciación en las creencias, ideales y prácticas que hacen a la vida del grupo. La vida social es posible por la renovación de la vida biológica, pero además, dado que para que exista una sociedad debe haber posesiones comunes de creencias, conocimientos, prácticas e ideales, la educación mediante comunicación es tan indispensable como la renovación de la vida física: “*Lo que la nutrición y la reproducción son a la vida fisiológica, es la educación a la vida social*”³.

Para adentrarnos en la noción de experiencia propuesta por Dewey consideremos comparativamente las diferencias que mantiene con un clásico empirista moderno: John Locke.

2 Dewey, J. (1916), p. 13.

3 Dewey, J. (1916), p. 19.

En su *Ensayo sobre el entendimiento humano* podemos observar el papel fundamental que Locke le asigna a la experiencia, considerándola imprescindible para dar cuenta del conocimiento humano, al punto de afirmar que la única fuente de conocimiento es la experiencia y la reflexión sobre las ideas que ella nos aporta.

Locke propone que al inicio de la vida de un ser humano, la mente es como una gabinete vacío, el cual se va llenando a partir de las ideas particulares que se aprehenden mediante los sentidos, siendo “*algunas de ellas conservadas en la memoria [...]*”⁴.

Los sentidos son entendidos como “*las ventanas por las que penetra la luz en este ‘cuarto oscuro’, pues [...] el entendimiento no es muy distinto de una cámara totalmente privada de luz, pero con algunos resquicios abiertos que dejan entrar algunas semejanzas visibles externas o ideas de cosas exteriores...*”⁵

La mente, por tanto, a pesar de que teniendo como fundamento las ideas simples elabora otras ideas más complejas, en lo que respecta a la recepción de las ideas es meramente *pasiva*. Y el origen de todo conocimiento surge entonces en primera instancia de las impresiones que son causadas en nuestros sentidos por los objetos del exterior, y luego por la reflexión que la mente hace sobre sí misma.

A diferencia del autor inglés, que considera la experiencia simplemente desde el punto de vista de la pasividad, Dewey considera que para poder comprender realmente qué es una experiencia debemos pensarla desde la perspectiva de la vitalidad. Y dado que un ser vivo se considera propiamente un ser vivo en tanto que está en constante interacción con su ambiente, al momento de definir la naturaleza de la experiencia, no podremos pensar en la mera captación de las impresiones de los objetos exteriores tal como lo hace Locke, sino que para que una experiencia tenga sentido, habrá que entenderla en tanto que contiene un elemento pasivo pero también un elemento activo. La experiencia no puede residir en la mera pasividad, ni en la simple actividad, sino que tiene que haber un equilibrio entre el hacer y el padecer. Desde el punto de vista de la actividad, una experiencia debe entenderse como un ensayar en el mundo, como una experimentación; mientras que desde el punto de vista de la pasividad, se debe entender como un sufrir o padecer el mundo, y no solo el mundo como tal, sino también las consecuencias de nuestras propias acciones sobre el ambiente.

Una experiencia siempre será el resultado de una interacción entre la criatura viviente y algún aspecto de su ambiente. Más específicamente, Dewey utiliza el término *transacción*

4 Locke J. (1690), p. 42.

5 Locke J. (1690), p. 76.

para dar cuenta de este ida y vuelta con el mundo, de este actuar y padecer que constituyen la experiencia.

Ahora bien, cuando hablamos de padecer o sufrir, no estamos frente a la clásica visión empirista, sino que debemos entenderlo desde el punto de vista del pragmatismo. No afirmamos, siguiendo a Locke, que las cualidades de los objetos sensibles sean captadas por medio de los sentidos y se plasmen en la mente; para luego, mediante la combinación de unas impresiones y otras se conviertan en ideas. Desde el punto de vista de Dewey, lo que le da sentido a la cosa es el uso que podemos hacer de ella. Pongamos un ejemplo: una manzana. Desde la perspectiva del empirismo, una manzana debe considerarse en primera instancia por el conjunto de cualidades sensibles que tiene (color, olor, sabor, etc.), y que causan determinadas impresiones en nosotros que al combinarse dan lugar al objeto manzana. Así, su sentido estaría dado por la conjunción de sus cualidades sensibles. Los sentidos, tal como se plantea desde este punto de vista, son simplemente las ventanas de acceso por las cuales se capta el mundo.

Para el pragmatismo, la situación es muy distinta: en primera instancia se considera el uso que puede darse al objeto para satisfacer determinada necesidad. Un objeto es entonces algo que se utiliza para algo, y por lo tanto se incorpora la idea que tenemos de ese objeto dentro de un esquema de acción. Por ello, cuando tenemos una idea, lo que estamos haciendo es previendo cuales serían las consecuencias que nuestra acción tendría sobre el objeto, y a su vez, cuales serían las consecuencias que tendría el objeto sobre nosotros, lo que se torna fundamental dado que la criatura viviente busca la modificación de su ambiente para poder sobrevivir.

Cuando hacemos algo estamos ensayando con el mundo, estamos frente a un esquema de prueba y error, y sólo teniendo en cuenta los resultados que la experimentación nos ofrezca, es que iremos adoptando determinadas conductas frente a determinadas situaciones. El valor de la experiencia está en la percepción que tengamos de las relaciones y continuidades a las que ella nos conduce. Es ensayando y experimentando que descubrimos de que manera es el mundo.⁶

6 Cabe destacar que recientes investigaciones en el campo neurocientífico han podido determinar grupos neuronales en el hombre encargados de codificar las acciones como actos orientados por un fin, ya sea en el caso de las propios actos como en la observación de las acciones de los demás. Así, se ha logrado recalificar la percepción como preparación para la acción, y no solamente como una mera captación de las propiedades sensibles de un objeto determinado. Para este punto puede consultarse: Rizzolatti, G., Sinigaglia, C., *Las neuronas espejo: los mecanismos de la empatía emocional*, Trad. Bernardo Moreno Carrillo, Barcelona, Paidós Ibérica: 2006, especialmente el Capítulo 2: El cerebro que actúa.

El concepto de experiencia se enriquece cuando se lo entiende dentro del marco de la vitalidad. La experiencia no significa *“Encierro dentro de los propios sentimientos y sensaciones privados, significa un intercambio activo y atento frente al mundo; significa una completa interpenetración del yo y el mundo de los objetos y acontecimientos”*⁷.

Los seres vivos son seres con necesidades, y estas necesidades son carencias, por lo tanto, la satisfacción de esas necesidades va a estar determinada por los intercambios que este tenga con el medio ambiente en que se mueve. Por lo que su propia supervivencia dependerá de la modificación que el ser vivo sea capaz de hacer en su entorno.

Toda experiencia está entonces constituida en tanto relación con el medio, y no simplemente como pasividad. Además, señala Dewey, debemos dar cuenta de que el fin de una experiencia no es su cese, sino su consumación. Esto implica que toda acción tiende a un fin, y se debe considerar la experiencia como un todo guiado hacia ese fin.

Hay otro rasgo fundamental que podemos señalar de la experiencia humana. En Locke la memoria funcionaba como un reservorio, en el cual se conservaban las experiencias pasadas. Dewey da un paso más allá y considera que la memoria no es un recordar literal, sino que el pasado es recordado en tanto que aporta algo al presente.

¿Cómo influye esto entonces en la experiencia? Dewey distingue aquí entre las experiencias humanas, y las experiencias de los animales inferiores, que no serían propiamente experiencias. Estos últimos, tienen lo que podríamos llamar experiencias simples. Los seres humanos hacemos intervenir el pasado al realizar una transacción con el medio, y por tanto, también el recuerdo que tengamos de él. Así, la experiencia del ser humano es una experiencia compleja, dado que a las experiencias presentes se las resignifica con los sucesos del pasado. La memoria no es literal, sino que es una “fantasía dramática”, de carácter emotivo, y resignifica las experiencias de acuerdo a lo que aporten para el presente. Nunca se recuerdan las experiencias pasadas tal y como fueron sino que *“ese revivir de la memoria rara vez es literal [...] No recordamos el pasado por si mismo, sino por lo que agrega al presente.”*⁸

Esta información que da al presente es importante dado que así se evita cometer los mismos errores cometidos en el pasado, además se utiliza para retener aquellas conductas que nos llevaron a tener éxito. Ambas cosas son imprescindibles para la supervivencia del individuo, ya que la caída en los mismos errores implica la posibilidad de extinguirse,

7 Dewey J. (1934), p. 21.

8 Dewey J. (1920), p. 42.

mientras que retener las conductas exitosas lleva a que el individuo no tenga que comenzar de cero frente a cada nuevo problema que se presente. Y como es en el futuro donde puede darse la armonía con el ambiente que busca el ser vivo, este funciona como una promesa en donde puede cumplirse aquello que busca. Así, tanto el futuro como el pasado sirven al ser vivo como direcciones para su conducta presente.

III

En *El arte como experiencia* Dewey nos insta a recuperar la continuidad entre la experiencia ordinaria y la experiencia estética. Queriendo de este modo devolver a la experiencia humana ordinaria la cualidad estética que le es propia.

Las experiencias tienen una cualidad estética en tanto que tienen que ver con la creatividad. Esta última entra en juego porque el individuo tiene que generar formas nuevas para enfrentarse con su ambiente y de esta manera poder modificarlo y hacerlo apto para su vida.

El arte se considera como una práctica, y dado que para Dewey la ciencia es un arte, debe considerársela también como una práctica. El método científico es la experimentación y la ciencia debe pensarse dentro de la teoría de la acción que atraviesa toda experiencia humana. Por lo tanto, se la entenderá como una sistematización de las soluciones a los problemas humanos: *“La ciencia, ahora, es el producto de operaciones deliberadamente producidas en conformidad con un plan o proyecto que tiene las propiedades específicas de una hipótesis de trabajo”*⁹.

En este nuevo marco en el cual el hombre se considera en tanto ser que experimenta, el conocimiento no es producto de la contemplación sino de la acción y está dirigido a la resolución de problemas por parte de un ser vivo que tiene deseos y necesidades, y que necesita adaptarse a su mundo. Por lo tanto, el proceso de conocimiento será un proceso de ensayo y error frente a las necesidades que se le presentan al ser humano en tanto ser vivo. Y en este proceso de ensayo y error hay elección, y por lo tanto, también influyen aquí las emociones y los intereses que guían la acción. No debemos olvidar que la memoria es de carácter emotivo, y en consecuencia, en la elección de los fines de la ciencia también estará implicado el pasado en tanto que aporta algo para el presente. Además, el futuro intervendrá en las elecciones que se realicen dependiendo de los intereses y las necesidades que se busque

9 Di Gregori M. C. ; Duran C. (2008), p. 4.

satisfacer.

En tanto va experimentando, el hombre se va haciendo de un repertorio de respuestas con las cuales ha tenido éxito en la resolución de los problemas que se le presentan. Y se forma así un hábito o conducta para obrar en determinadas situaciones. La verdad entonces, no queda ya relacionada con el descubrimiento y la contemplación de verdades eternas, sino que son verdaderas aquellas hipótesis que han sido puestas a prueba en la resolución de nuestros problemas y han tenido éxito. Sin embargo, la ciencia no es una simple resolución de problemas, sino una resolución de problemas de manera deliberada e inteligente. Es decir que procede metodológicamente con el ensayo y error, y lo convierte en una actividad constante.

Hay que tener en cuenta que el hecho de conocer pasa a un segundo plano, dado que ahora la categoría básica es la acción. Así, el conocimiento se considera un proceso vital, proporcionando a los sentidos la función de servir de estímulo para la acción y adaptación del ser vivo con su ambiente. Los estímulos servirán entonces para que el ser vivo inicie una investigación, siendo el conocimiento la culminación de dicha indagación.

Cuando se considera que el conocimiento es una cuestión de contemplación y por tanto de descubrimiento de verdades suprasensibles, entonces aparece la necesidad, frente al mundo sensible que es un devenir constante, de esta distinción entre conocer aquel mundo de la verdad inmutable y este mundo de la experiencia y la imperfección. Pero al aceptar que el hombre, cuando conoce, no se propone contemplar, sino que pone manos a la obra ensayando y experimentando con el mundo, entonces el mundo se acepta como tal, y no en tanto objeto de contemplación, sino para ser modificado de acuerdo con sus propios intereses. El conocer se convierte en algo práctico, volviéndose innecesaria la distinción entre conocimiento contemplativo y práctico.

Además, al plantear la teoría del conocimiento dentro de la nueva concepción de la biología, que propone una continuidad entre el ser humano y los demás animales, y por tanto, entre el ser vivo y su ambiente; y por otro lado, considerar al hombre en un proceso de conocimiento activo, la dicotomía sujeto-objeto también se diluye. Ahora tanto el hombre como el mundo modifican y son modificados en la transacción de la experiencia. Esta añeja dicotomía que surge a partir de la consideración del hombre como un ser contemplativo frente a un mundo que es de una naturaleza distinta a la propia, y por tanto se le enfrenta, se deja de lado en la nueva perspectiva del conocimiento planteada por Dewey.

Podemos concluir por tanto que un cambio en el punto de partida en la concepción

antropológica orientado hacia la vitalidad afecta radicalmente la noción de experiencia que podemos formular, lo que nos permite llegar a resultados absolutamente diferentes, ya sea respecto a la filosofía en general como a la teoría del conocimiento en particular; permitiéndonos así diluir dificultades que partiendo desde un enfoque tradicional se presentarían como irresolubles.

Referencias Bibliográficas.

- Dewey, John. (1920), *La reconstrucción de la filosofía*, Trad. Amando Lázaro Ros, Planeta-Agostini: Buenos Aires, 1993.
- Dewey, John. (1916), *Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación*, Trad. Luzuriaga Lorenzo, Ed. Morata: Madrid, 1995.
- Dewey, John. (1934), *El arte como experiencia*, Trad. Claramonte Jordi, Paidós: Barcelona, 2008.
- Locke, John. (1690), *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Trad. Luis Rodríguez Aranda, Orbis: Madrid, 1985.
- Di Gregori, M. C. y Pérez Ransanz A.R. (2010), “Las emociones en la ciencia y en el arte”, en Sixto Castro y Alfredo Marcos (eds.), *Arte y Ciencia: mundos convergentes*, Plaza y Valdés Editores, Madrid, pp. 273-307.
- Di Gregori, M. C.; Duran C. (2008) “Acerca del arte, la ciencia y la acción inteligente” [En línea]. VII Jornadas de Investigación en filosofía, 10-12 de Noviembre de 2008, La Plata, Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.453/ev.453.pdf
- Rizzolatti, G., Sinigaglia, C., *Las neuronas espejo: los mecanismos de la empatía emocional*, Trad. Bernardo Moreno Carrillo, Barcelona, Paidós Ibérica: 2006.